

La voluntad ardiente, el fuego purificador

Festival de Aries 2023 en Nueva York

Michael Galloway

La luna llena de Aries marca el gran Festival de Pascua y el inicio del intervalo superior del año espiritual. Es el Festival del Cristo resucitado y viviente, un momento para afirmar el hecho de la relación entre todos los aspectos del todo planetario, de ese gran Ser en Quien todos los grados de vida en nuestro planeta encuentran su lugar. Aries “despierta la voluntad de llegar a lo más inferior y allí controlar” y por lo tanto es apropiado que este signo inaugure el intervalo superior del año espiritual en el que la Voluntad más elevada (Shamballa) llega a lo más inferior (la Humanidad).

En Aries se nos recuerda el poder que tiene la divinidad para vencer la muerte, vencer toda separación y elevar todas las cosas a la gloria eterna; es un momento de renovación, regeneración y resurrección. El Festival de Pascua enfatiza el triunfo de Cristo sobre la muerte, afirmando así el poder infalible de Dios a medida que actúa a través del alma de todas las cosas. Se nos recuerda que para el alma no hay muerte, sólo la vida que recorre una larga serie de encarnaciones hasta que, después de alcanzar una etapa de relativa perfección, queda liberada en nuevos y mayores ciclos de expresión espiritual.

La Sabiduría Eterna enseña que la resurrección es la nota clave de la naturaleza, mientras que la muerte es la antesala de la resurrección. Por lo tanto, todas las cosas deben pasar por la muerte antes de regresar a la Vida en la plena realización de su naturaleza espiritual. Toda la historia de la evolución ve al espíritu entrar en la materia y luego “morir a la forma” para finalmente de nuevo surgir triunfante. El alma humana encarna y a través de la experiencia, de la lucha y de un gran esfuerzo, se eleva a ese elevado plano donde tuvo su origen, pero con plena autoconciencia y con la ganancia de muchas cualidades de la divinidad manifestada.

El descenso del Espíritu a la Materia también puede entenderse como la expresión y cumplimiento de la Idea o Intención Divina. Como el lugar de nacimiento de las ideas, Aries es responsable de la voluntad de encarnar, del descenso de lo más elevado a la expresión a través de lo inferior, y esto ocurre por medio de la Mente y por medio de toda una serie de agentes creadores, que son los constructores (mayores y menores) de los mundos. El alma humana es también un creador en los tres mundos y, por lo tanto, es capaz tanto de una impresión superior como de su expresión creadora. La fuerza iniciadora, creadora y mental de Aries es crucial en el trabajo mágico del alma, que en el ciclo actual busca tres cosas: establecer correctas relaciones humanas, mediar las ideas divinas en la conciencia humana y redimir la materia y liberar a los prisioneros del planeta.

Ante todo, esto requiere el empleo correcto de la voluntad. Esta voluntad es el poder de pensar, de actuar, de crear. Es también el poder de amar, unir, hacer el bien y elevarse por encima de todos los numerosos espejismos e ilusiones de la vida. A través de la aplicación y el desarrollo de la voluntad espiritual, cada obstáculo es sorteado, cada división superada y todo daño reparado. El uso correcto de la voluntad es clave para el florecimiento de la humanidad a su máximo potencial espiritual, en donde el Amor, la Armonía, la Belleza, el Conocimiento, la Civilización Ordenada, la suma total de todas las esperanzas y sueños de innumerables generaciones de pensadores y creadores a lo largo de los siglos, se manifiesten a través de la vida humana.

Sin embargo, para que la humanidad produzca un mundo que refleje los principios superiores de su naturaleza, la voluntad humana debe reflejar y convertirse en un canal claro de la voluntad espiritual, que

en última instancia es la voluntad de esa Vida mayor en la que vivimos. “No se haga mi voluntad, sino la Tuya”, es una de las oraciones más potentes y completas jamás pronunciadas por el Cristo. Tengamos esto en mente mientras decimos juntos el mantra de la voluntad y alineamos nuestro corazón, mente y alma con ese Centro superior, para que Su energía pueda fluir a través nuestro en servicio al mundo.

*En el centro de la Voluntad de Dios, yo permanezco,
Nada apartará mi voluntad de la Suya.
Complemento esa voluntad con el amor,
Me oriento hacia el campo de servicio,
Yo, el divino Triángulo, cumplo esa voluntad,
Dentro del cuadrado, y sirvo a mis semejantes*

La ciencia de los intervalos y su empleo correcto es clave para todo trabajo verdaderamente creador. Y Aries, por ser un signo tanto de creación como el inicio del intervalo superior del año espiritual, es un momento especialmente apropiado para reflexionar sobre las oportunidades espirituales que ofrece el correcto empleo del intervalo.

Un intervalo es simplemente ese momento que ocurre entre dos actividades. Y en cada ciclo, espiritual o de otro tipo, hay un intervalo superior y uno inferior, porque todos los ciclos tienen un flujo y un reflujo, un ascenso y un descenso y, por lo tanto, dos puntos de pausa y reorientación antes de que la actividad se inicie en una nueva dirección.

Todos los procesos cíclicos de la naturaleza están fundamentalmente relacionados con la respiración. Se dice que, en el macrocosmos, el Gran Aliento es uno de los aspectos fundamentales del Absoluto, y por lo tanto está eternamente presente. Este Gran Aliento es la base del movimiento perpetuo del Espacio; es “Movimiento Abstracto Absoluto”, y como tal, es la base para el desarrollo de toda conciencia en el Universo, porque no hay nada que sea consciente y vivo que esté inerte o inmóvil. El movimiento causado por este “Gran Aliento” produce toda fuerza y conciencia individualizada y, al mismo tiempo, suministra la inteligencia que guía todo el plan de la evolución cósmica. Por lo tanto, la respiración es el gran y primigenio acto creador, y la multitud de inteligencias inferiores y agentes creadores que pueblan los mundos hacen eco elaborando la Idea Cósmica original, cada uno en su esfera. Por lo tanto, el aliento es la base de los numerosos ciclos, mayores y menores, que rigen toda manifestación y por los cuales la evolución misma procede a través del tiempo y el espacio.

Las energías que impregnan y componen los mundos en sus numerosos grados también son cíclicas en su manifestación, aumentando o disminuyendo, dependiendo de la etapa del ciclo. El conocimiento de estos ciclos es importante para las inteligencias y agentes que trabajan con energías subjetivas y las aplican para el cumplimiento de los propósitos divinos. Potencialmente, el alma humana es uno de estos constructores y, a través del uso correcto de la mente y la voluntad, puede entrar en sintonía con la intención divina subyacente a toda la creación y persuadirla para que se exprese más plenamente. Esto se logra a través de la meditación.

La meditación oculta efectiva hace uso de ambos intervalos: el intervalo superior, en el que el pensamiento abstracto o divino impresiona al alma y luego a la mente, y el inferior, en el que esa impresión se formula en formas mentales concretas y se transmite al cerebro.

El intervalo superior es necesariamente el primero que se ha de alcanzar para que el trabajo creador en el intervalo inferior tenga alguna posibilidad de éxito. Esto se aplica a la meditación diaria o semanal

de un individuo o grupo, así como al Intervalo Superior del año espiritual, un ciclo planetario con el que tanto la Jerarquía como la Humanidad cooperan necesariamente.

El correcto empleo del intervalo superior requiere que los vehículos inferiores se aquieten y se calmen, y que la atención permanezca enfocada y concentrada en la luz del alma en lugar de estar pasiva e inactiva. Esto establece el alineamiento y la relación con el centro superior y esa nube de cosas conocibles puestas a disposición por la Jerarquía, pero que esperan la precipitación en la conciencia humana. En este lugar de equilibrio, de silencio enfocado y alineamiento comienza el intervalo superior o etapa de contemplación.

Es importante reconocer que esta etapa de contemplación es un intervalo entre dos actividades y no puede ocurrir sino hasta que los cuerpos inferiores se calmen y la mente responda a la impresión; requiere un entrenamiento serio antes de que se pueda sostener incluso por breves períodos de tiempo. Cuando finalmente se alcanza un contacto superior y la luz espiritual del alma comienza a iluminar la mente inferior, la reacción natural es que la mente instantáneamente es estimulada para que realice una actividad de un orden superior a aquél en el que normalmente funciona. Sin embargo, tan pronto como comienza esa actividad, el intervalo superior termina, y la etapa de actividad se reanuda una vez más. Para sostener el intervalo superior y comenzar a trabajar verdaderamente dentro de él, se requiere que la conciencia sea elevada y sostenida en el cuerpo causal mismo, completamente separada (pero no desconectada de) la mente inferior. Este es el estado conocido en Oriente como Samadhi, y sólo en este estado se puede ver lo que el alma ve y sabe y transferir las visiones al cerebro físico por medio de la mente. Se dice que alcanzar este estado es el objetivo del proceso de meditación, porque más allá de este estado, la meditación, tal como la conocemos formalmente, termina y comienza otra fase de comunión y relación divina.

Una vez alcanzada y estabilizada la etapa de contemplación, se convierte en la plataforma o punto de partida para otra fase del trabajo: la unión con lo que es aún más exaltado que el alma, la Tríada Espiritual, que comprende los principios espirituales más elevados del hombre: Atma, Buddhi y Manas. Esto implica el contacto con los planos de nuestro sistema solar que se consideran “amorfos”, y en este mundo el alma se ve a sí misma como una con todas las demás energías y expresiones conscientes de la vida. Este estado de conciencia se caracteriza por la síntesis, la unificación y el conocimiento directo, y la Visión Pura en la que existe una relación completa y perfecta entre el conocedor y el objeto del conocimiento. La naturaleza de la vida y la naturaleza del alma en su propio plano, y su relación con lo “amorfo” es necesariamente muy difícil de visualizar, pero de alguna manera es expresada en las siguientes palabras de Cristo:

“Para que todos sean uno; como tú, oh, Padre, estás en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; ... para que todos sean uno, así como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad...”. (Juan XVII. 20-23.)

Puede ser sorprendente darse cuenta de que uno de los principales medios para lograr tal estado de unión con lo divino es mediante el empleo de la visualización y la imaginación creadora. La imaginación está estrechamente relacionada con la intuición, que en el hombre es el principio que eventualmente conduce al Amor Perfecto y a la Visión Pura. “La energía sigue al pensamiento, y el ojo dirige la energía” es una ley oculta fundamental. A través del empleo de la facultad de crear imágenes, se puede construir un puente entre los cuatro principios inferiores y los tres superiores de la naturaleza humana. Esta escalera o puente se convierte entonces en un medio de comunicación entre los mundos amorfos de la realidad espiritual y los mundos terrenales de la expresión espiritual. El discípulo busca trabajar en el nexo entre estos dos mundos.

Luego trabaja en los intervalos como alma y no como personalidad aspirante. Se convierte en un activo para el trabajo de la Jerarquía y coopera en el cumplimiento del Propósito Planetario. Este Propósito debe ser implementado con amor y desde el plano de la mente, pero lo más importante también, con poder, si alguna vez ha de dar fruto. En este intervalo superior es donde se alcanza este poder. Este es el poder de curar todo mal, de salvar todas las divisiones, de unir, es el poder de hacer nuevas todas las cosas. La seguridad del alineamiento alcanzado en el intervalo superior le otorga al discípulo el poder de la Jerarquía misma, en diversos grados. Los Seres superiores de este gran y augusto cuerpo son literalmente “uno con el Propósito para el cual fueron hechos los Mundos”. Por lo tanto, encarnan ese poder y pueden ponerlo a disposición del discípulo para su aplicación práctica en el mundo.

En la actualidad, continúa la gran tarea de contrarrestar el odio, terminar con la separación y redimir el materialismo, y podemos imaginar que Cristo y toda la Jerarquía continúan redoblando todo esfuerzo para ver realizada esta purificación de la naturaleza humana. Han pasado casi 80 años desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y al final de esa guerra se liberaron grandes impulsos espirituales, los cuales produjeron grandes avances en la conciencia humana. Sin embargo, en muchos sentidos, la humanidad sigue siendo una casa dividida: muchos de los antiguos odios entre naciones y dentro de ellas, aún permanecen. El Tibetano escribió que, desde el ángulo humano, este problema es “casi insoluble” y solucionarlo requerirá del esfuerzo unido de hombres y mujeres de buena voluntad, del Nuevo Grupo de Servidores del Mundo y de la Jerarquía misma.

Hoy en día, aunque estos antiguos odios se despliegan plenamente, muchos experimentan una sensación de que debajo de esa forma externa ya ha ocurrido una reorganización interna, pero sus esfuerzos por filtrarse a la superficie y expresarse plenamente están detenidos. Hoy en día las líneas subjetivas de relación son fuertes y la gente en todas partes está respondiendo a esta reorganización interna y gran parte del trabajo de construcción está avanzando en alineamiento con la naturaleza superior del hombre.

Sin embargo, no se puede negar que los vestigios de las antiguas formas mentales, sutiles y no tan sutiles permanecen y obstaculizan el surgimiento de la civilización humana a la luz de la era de Acuario. El intenso egoísmo y la irresponsabilidad de los sistemas económicos y financieros, la corrupción en los estamentos políticos de todo el mundo, el poder económico y político del complejo industrial militar, junto con las muchas formas menores de inequidades estructurales y el egoísmo y la codicia institucionalizados aún permanecen. En última instancia, todo esto debe ser destruido, y nuevas estructuras basadas en el compartir, la confianza y la fe en el potencial espiritual del alma humana deben tomar su lugar. La destrucción es a menudo una parte necesaria del proceso de redención.

Si nos tomamos un momento para mirar objetivamente y con el sentido esotérico, podríamos ver que hoy la llama interna que eventualmente purificará estas formas mentales e instituciones perniciosas ya se ha encendido y que, dentro de estos sistemas y a su alrededor, estas pequeñas chispas poco a poco están siendo avivadas en un fuego ardiente. Eventualmente, este fuego quemará toda la escoria. En Aries se nos dice: “El fuego ardió y por medio de ese fuego he muerto a la vida y nací a la muerte. Y de nuevo he muerto para la forma”. La muerte simbólica por el fuego que trae Aries destruye las limitaciones de la forma; esa destrucción de la escoria es muy necesaria en nuestro mundo de hoy si alguna vez queremos ser liberados de las estructuras y formas mentales del pasado, los fuertes de codicia y egoísmo que los agentes del materialismo han construido bien y lucharán con uñas y dientes para mantener.

Una vez que los fuegos destructores hayan hecho su trabajo “... aparece despejado el Sendero y nada impide la visión”. La humanidad puede entonces inaugurar un nuevo ciclo de trabajo creador. La

civilización humana puede ser creada consciente y directamente “modelada según el patrón de los cielos”. Abundarán la belleza, la armonía y la oportunidad incalculables, y la humanidad podrá comenzar a desviar su atención de sus propios problemas y consideraciones y ocuparse de la espiritualización del planeta y de la creación de un todo completo, bello y maravilloso quizás más allá de nuestra comprensión actual.